

HÉCTOR A. MURENA: EL RETORNO DE AMÉRICA

JUAN JOSÉ GUTIÉRREZ CASTRO

<https://orcid.org/0009-0009-7024-7942>

juguti02@ucm.es

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Resumen: Este artículo busca revisar uno de los ensayos más importantes sobre el pensamiento americanista: *El pecado original de América* (1954) del escritor y traductor argentino Héctor A. Murena (1923-1975), obra que trata de aproximarse al tema americano desde una concepción metafísica y mítica del mundo. Según su autor, con frecuencia la idea de América se ha visto desde distintos tipos de dualismos que se pueden resumir en la clásica dicotomía sarmientina de “civilización/barbarie”. Entendiendo que América se funda inevitablemente sobre una condición trágica marcada por un “segundo pecado original”, Murena aboga por superar todo dualismo inmanente y toda mirada científica y sociológica (pretendidamente objetiva) para proponer la idea de una América trascendente, ahistórica y metafísica, alcanzada por medio de lo que él mismo denomina “transobjetividad”. Así pues, nuestro propósito consiste en exponer y desentrañar las principales nociones que el ensayista desarrolla en su libro, tratando de mostrar sus posibilidades interpretativas teniendo en cuenta la idea de la decadencia occidental y el interés posterior de Murena por la filosofía de Oriente.

Palabras clave: América, decadencia de Occidente, filosofía oriental, metafísica, historia.

Abstract: This article seeks to revisit one of the most important essays on (Latin) American thinking: *El pecado original de América* (1954) by the Argentinian writer and translator Héctor A. Murena (1923-1975), a work that attempts to approach the American theme from a metaphysical and mythical conception of the world. According to its author, the idea of America has often been seen from different types of dualisms that can be summarized in the classic Sarmiento's dichotomy of "civilization/barbarism". Understanding that America is inevitably founded on a tragic condition marked by a "second original sin", Murena advocates overcoming all immanent dualism and all scientific and sociological (supposedly objective) views to propose the idea of a transcendent, ahistorical and metaphysical America, which is reached through what he himself calls "transobjectivity". Thus, our purpose is to expose and unravel the main notions that the essayist develops in his book, trying to show their interpretative possibilities considering the idea of Western decadence and Murena's later interest in Eastern philosophy.

Keywords: América, Western decadence, Eastern philosophy, Metaphysics, History.

Y así fue como Dios lo expulsó del jardín del Edén para que trabajara la tierra de la que había sido formado. Habiendo expulsado al hombre, puso querubines al oriente del jardín del Edén, y también un remolino que disparaba rayos para guardar el camino hacia el Árbol de la Vida.

Génesis, III, 23-24

Out —out are the lights— out all!
And, over each quivering form,
The curtain, a funeral pall,
Comes down with the rush of a storm,
And the angels, all pallid and wan,
Uprising, unveiling, affirm
That the play is the tragedy, “Man”,
And its hero the Conqueror worm.

«The Conqueror Worm»,
Edgar Allan Poe

1. Introducción

Tres son los ensayos fundamentales, aparecidos en el contexto de los años 50, que abordan el problema de la identidad americana en el marco de una reflexión sobre la modernidad: *El laberinto de la soledad* (1950), de Octavio Paz; *El pecado original de América* (1954), de Héctor A. Murena; y *La expresión americana* (1957), de José Lezama Lima. Todos ellos, con sus evidentes diferencias y puntos de vista particulares, comparten una misma preocupación por la historia y el destino de América, así como una mirada común en torno a la idea americana, indagada desde el plano del lenguaje y la literatura. Según Patricia Esteban, «el ensayo que se reconoce bajo el nombre de “ensayo americanista” parecería señalar desde esta designación aquello a lo que apunta su escritura: América como realidad que se cuestiona desde un género que la construye como realidad» (2008: 102). Esta es la condición de estos tres hitos señalados del pensamiento americanista.

Ahora bien, en esta ocasión, nos ocuparemos del segundo de ellos: *El pecado original de América*. Su autor, Héctor A. Murena (Buenos Aires, 1923-1975), cumplió el año pasado (2023) el primer centenario de su nacimiento. Sirva este trabajo como homenaje a su obra. Ensayista, poeta, narrador y dramaturgo, H. A. Murena participó en revistas argentinas literarias tan importantes en su momento, como lo fueron *Sur*, *Cuadernos* y *Contorno*. Sin embargo, podemos decir que éste es uno de los grandes olvidados de la literatura argentina del siglo XX; tal vez, por el hecho de ser una figura de pensamiento minoritario y poco convencional al margen de los círculos intelectuales de moda de la época, y con una obra

inclasificable, que, en muchos casos, suele ser desvalorizada con el apelativo fácil de “hermética”.

Diego Poggiese (2006: 3) establece dos etapas en su recorrido literario e intelectual: una vinculada con el período del peronismo —años 40-60—, marcada por la influencia de la Escuela de Frankfurt (Horkheimer, Adorno) y de otros filósofos alemanes como Walter Benjamin —del que fue su primer traductor al castellano— o Martin Heidegger; y una segunda etapa, que va de los años 60 a los 70, y en la que, partiendo de su lectura de autores perennialistas como René Guénon, Titus Burckhardt o Ananda K. Coomaraswamy, encontramos un mayor interés por la idea de lo sagrado y otras cuestiones de índole metafísica¹. *El pecado original de América*, publicado en 1954, es el primer libro ensayístico de Murena, ubicado, por lo tanto, dentro de la primera etapa de su trayectoria, si bien ya están aquí muchos de los elementos de su obra posterior.

Hasta ahora, es Patricia Esteban —con su tesis doctoral *La palabra imprecisa de Héctor A. Murena en los márgenes del ensayo argentino contemporáneo* (2008)— quien ha realizado el estudio más completo y pormenorizado de la obra mureniana, siendo, por lo tanto, una referencia ineludible y base para cualquier trabajo posterior. En dicha tesis, la estudiosa dedica toda una parte a la relación entre el ensayo y la formulación del problema de América en Murena, y particularmente en *El pecado original de América*, estableciendo una tradición ensayística liminar sobre la condición americana que viene de la influencia de Ezequiel Martínez Estrada.

Por otro lado, consideramos que, dentro de la crítica, se ha estudiado este primer texto ensayístico de nuestro autor principalmente desde dos tipos de perspectivas: así, tenemos lecturas que se centran en la relación entre *El pecado original de América* y la filosofía de la historia —de herencia alemana—, como en el caso de Germán O. Prósperi (2018) o Juan Torbidoni (2020) o lecturas que resaltan los aspectos míticos y proféticos del ensayo mureniano, como son los casos de Silvio Mattoni (1999), Perla Sneh (2014) o María Rosa Lojo (2015).

¹ Se conoce como perennialismo (o Escuela Perennialista) a una corriente de pensadores del siglo XX que defendieron la existencia de una “Tradición primordial”, ahistórica, eterna, trascendente y de origen no-humano, de la que derivan luego todas las religiones y doctrinas metafísicas, siendo éstas ramas de un mismo tronco común. Los principales fundadores y exponentes de este movimiento fueron René Guénon, Frithjof Schuon, Titus Burckhardt, Ananda K. Coomaraswamy, Julius Evola, Elémire Zolla, Martin Lings y Marco Pallis, quienes estudiaron las enseñanzas esotéricas de las tradiciones orientales y occidentales considerándolas, en el fondo, manifestaciones de una misma Verdad Trascendente y expresiones de lo que ellos denominan “Sabiduría Perenne” (*Sophia Perennis*); así como establecieron una dura crítica contra los resultados y desvíos del mundo moderno, del que Occidente es adalid. Para más información acerca del perennialismo, recomendamos la lectura del libro *Los Otros: La Metafísica Operativa en los siglos XX y XXI* (2020), de Sebastián Porrini, que es una excelente introducción a las ideas de estos pensadores.

Por lo que a nosotros respecta, vamos a tratar de abordar una aproximación al texto de Murena desde sus mismas posibilidades interpretativas, desde las aperturas que trascienden los límites de su propio discurso. En cierta medida, nuestro interés está en llevar a cabo una mirada que ponga el acento en el hecho de que nuestro autor elabora un pensamiento en torno del problema de América como último estertor de Occidente, pero empleando unas estrategias propias de la filosofía oriental. Esto se justificaría por la evolución de la obra de Murena, que más tarde se interesará particularmente por las tradiciones de Oriente y sus enseñanzas esotéricas.

Así pues, el propósito de nuestro trabajo a continuación será desentrañar las ideas principales que el autor propone y desarrolla a lo largo de dicho ensayo (*segundo pecado original, parricidio, transobjetividad*), así como ver qué alcance tiene el tema americano en algunos de sus textos posteriores y cómo logra Murena configurar un pensamiento alternativo sobre la noción de América, que para él es fin y disolución del Occidente moderno.

2. En torno a *El pecado original de América: la intuición intelectual*

Sin duda, *El pecado original de América* es el libro más conocido de su autor y el que más ha condicionado —para bien y para mal— la recepción de la obra de H. A. Murena. Según Torbidoni (2020: 23), se trata de un ensayo un tanto difícil de encasillar en cuanto a su materia, ya que en él asoman cuestiones literarias, estéticas, históricas, filosóficas, teológicas, geográficas, sociológicas y lingüísticas. No obstante, en líneas generales, no sería del todo desacertado asociar a esta obra el marbete de “filosofía de la historia”, teniendo en cuenta la profunda huella benjaminiana que existe en la escritura de Murena. Los capítulos, textos o ensayos que conforman *El pecado original de América* son siete: «Los parricidas: Edgar Allan Poe», «El acoso de la soledad», «El sacrificio del intelecto»², «La lección a los desposeídos: Martínez Estrada», «La pugna contra el silencio: Florencio Sánchez», «El pecado original de América», y un apéndice titulado «Reflexiones sobre el pecado original de América».

Ya solo con echarle un vistazo al índice podríamos hacerle a Murena la siguiente crítica: éste habla de América en su totalidad, cuando la mayoría de los literatos a los que se circunscribe para ejemplificar lo americano son del Cono Sur. Parecería, entonces, que el escritor bonaerense se basara únicamente en la parte por el todo, sin cubrir con sus reflexiones la totalidad del territorio americano. Esto es cierto, pero no olvidemos que

² Este escrito se subdivide en dos partes: una dedicada a Horacio Quiroga y la otra a Roberto Arlt.

Murena retomará más adelante, en otros escritos, el tema americano de forma más amplia y recorriendo otros espacios no tratados antes (en especial, México). Esto viene a significar que, para Murena, la idea de América no es algo cerrado, sino, más bien, insondable, inabarcable, desconocido. En este sentido, *El pecado original de América* no es sino un invitación o entrada para pensar América desde la ubicación geográfica, desde la que su autor la está pensando. Para Murena, todos y cada uno de sus lugares pueden encarnar —aun con su mentada heterogeneidad— la condición americana. Por ello, éste no se inquieta por la necesidad de tener que ocuparse del total de áreas, países, zonas y espacios geográficos del continente, puesto que su intención es escapar de las trabas de la objetividad científicista. Murena, en esta línea, concibe América no solo como un espacio físico, sino también espiritual. Juan Torbidoni aclara este procedimiento en el pensamiento mureniano:

Sus reflexiones se inscriben en lo mitológico, confiando en la “intuición” y renunciando explícitamente al rigor de la razón instrumental que Adorno y Horkheimer habían colocado en el banquillo post-iluminista —crítica que Murena conoció de primera mano. No organización, sino exploración; no “un sistema más coherente” sino un estado de autoconsciencia, tal es la agenda que se impone a sí mismo Murena al retratar al americano en su condición “metafísica” de criatura caída (Torbidoni, 2020: 23).

Como señala Patricia Esteban (2008: 66), el pensamiento del autor de *El pecado original de América* no es sistemático, sino que juega con la paradoja y la metáfora. Este gusto por lo paradójico como forma de pensar proviene de la escritura de Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964), otro gran ensayista argentino, de quien el propio Murena se confiesa discípulo. *Radiografía de la pampa* (1933) y *La cabeza de Goliat* (1940) son las dos obras ensayísticas de Martínez Estrada que más influirán en nuestro autor. Martínez Estrada, a partir de sus reflexiones paradójicas, conseguirá desmontar la célebre dicotomía sarmientina de civilización y barbarie, cosa que igualmente hará Murena. Tanto uno como otro demostrarán que dicha oposición de conceptos es falsa. Y así, frente a esta tradición dicotómica del ensayo argentino —que viene de figuras como Sarmiento o Alberdi—, ambos escritores buscarán «reinstalar el mito en el pensamiento de lo americano» (Sneh, 2014: 286) desde una perspectiva que se acerca a un cierto existencialismo pesimista.

Por otro lado, precisamente, Murena concibe la escritura de cada uno de los ensayos que constituyen su libro como la plasmación de mitos (Mattoni, 1999: 265), tal como él mismo confiesa: «Son, si se quiere, los mitos que me forjé para explicarme el juego de las fuerzas humanas y sobrehumanas que hacen que este trozo de orbe llamado América milagrosamente ande y que su andar sea a la vez tan extraño y tan dificultoso» (Murena, 2006:

19). Así, podemos ver en *El pecado original de América* una suerte de epopeya mítico-ensayística en la que su autor, en el rol de rapsoda, canta la tragedia de la condición americana, sirviéndose de mitos, símbolos y arquetipos, pues son estos la forma idónea de expresar aquello a lo que la ciencia es incapaz de acercarse: lo inefable.

Por otro lado – y en relación con esto último – cabría señalar que, el hecho de que nuestro escritor deje de lado las pretensiones sistemáticas y objetivas del racionalismo cientificista en aras de favorecer un ejercicio intuitivo para llevar a cabo sus indagaciones reflexivas, respondería justamente a la traslación del dilema de América a una dimensión “supraconsciente” del pensamiento. De ahí que se sirva de elementos míticos y simbólicos como soportes para conducir sus ideas, depurándolas a un nivel puramente metafísico. Esto es lo que el pensador y esotérico francés René Guénon define como “intuición intelectual”³. Además, la misma estrategia paradójica del pensamiento de Murena podría asociarse también a esta operación de intuición intelectual, ya que las paradojas quiebran la lógica racionalista, permitiendo el asomo de un saber supra-racional, como ocurre en el taoísmo o el budismo zen⁴.

3. La dualidad del pensamiento americano

Murena, en las «Observaciones para la segunda edición» de 1965 de *El pecado original de América*, escribe lo siguiente: «América es una presencia en mí en la medida en que soy americano, pero acaso aun más en la medida en la que no lo soy» (Murena, 2006: 9). En esta sentencia está sintetizada, tal vez, la idea más importante del libro: la condición americana se basa en no ser ni autóctono ni europeo (p. 37)⁵. Insistimos, en este sentido, en lo que ya señalábamos acerca de la paradoja: «Asumir el error como límite del pensamiento es

³ En un artículo de 1926, titulado «El Verbo y el símbolo», Guénon escribe: «[...] el simbolismo propiamente dicho es esencialmente sintético, y por eso mismo “intuitivo” en cierto modo, lo que lo hace más apto que el lenguaje para servir de punto de apoyo a la “intuición intelectual”, que está por encima de la razón, y que conviene no confundir con esa intuición inferior a la que recurren algunos filósofos contemporáneos» (2018: 17).

⁴ De este modo, Murena —aún sin saberlo— estaría en sus ensayos tratando de superar las limitaciones del “conocimiento relativo” —*vijñā*— para dar paso a una “sabiduría trascendental” —*prajñā*— (Suzuki, 1996: 35). Esto se reafirmará y se pondrá en evidencia en su último ensayo *La metáfora y lo sagrado* (1973), donde, por cierto, nuestro autor dedica un apartado al Tao.

⁵ Es curioso el hecho de que Murena utilice la primera persona en el momento de establecer esta idea tan crucial para entender su libro. De hecho, el comienzo de este apunta a la noción de una “autobiografía mental”: «Las páginas de este libro componen una especie de autobiografía mental» (2004: 19). Sin embargo, al leer el libro, nos damos cuenta de que, en realidad, Murena habla de toda la condición americana. En este sentido, parece que nuestro autor está borrando su propia individualidad para referirse a la universalidad de dicha condición. Sería algo parecido a lo que ocurre con las tradiciones orientales, como el budismo o el hinduismo, que buscan la negación del ego individual con el fin de conocer e identificarse con el *atman* (“Sí-Mismo”), el Yo universal o principio del ser (Guénon, 2023: 35).

reivindicado por Murena como movimiento necesario para empezar a pensar las preguntas que se articulan en clave metafísica» (Esteban, 2008: 104).

La metafísica es, en realidad, la base de toda filosofía. En ella se encuentra el conocimiento de los principios de orden universal (Guénon, 2004: 94). Es aquello que literalmente está “más allá de la física” (la *physis*, la naturaleza), pero que, al mismo tiempo, es su origen. Por consiguiente, el resto de las ramas de lo que conocemos como filosofía — ética, estética, lógica, epistemología, gnoseología, política— tendrían como tronco común la metafísica. Es desde esta cosmovisión desde la que debemos concebir las ideas del poeta argentino. En el conocimiento metafísico se halla, además, la clave para la superación de los opuestos⁶.

Es importante tener presente esto último para entender la objeción que Murena hace respecto de la dualidad que vertebra gran parte del pensamiento latinoamericano y se traduce en un trauma o ruptura histórica crucial para la identidad de América Latina, representado en distintas dimensiones (histórica, estética, política): conquistadores / pueblos indígenas, cosmopolitismo / folklorismo, civilización / barbarie. Por el contrario, Murena —más allá de estas dicotomías— sostiene que lo que verdaderamente constituye la condición americana es el destierro, la expulsión, el éxodo y el desarraigo, palabras que remiten a una cosmovisión mítica de la realidad⁷. Al respecto, escribe Perla Sneh:

Al afirmarse como *no siendo* europeo [...], da lugar a dos reacciones en el hombre americano [...]: por un lado, la negación del propio origen, figura del *cosmopolita* que se resuelve en una fantasía de auto-engendramiento y una no diferencia entre “aquí” y “allá” [...]; por el otro, un intento de olvidar la expulsión como si no hubiera habido herencia mutilada, que silencia los vestigios extranjeros en una “unidad” inventada de la nada. Cosmopolitismo y folklorismo serán las expresiones extremas, e igualmente fallidas, aún si de signo contrario, de la *psiquis* angustiada del excluido (Sneh, 2014: 287-288).

A esta dualidad que atraviesa el alma latinoamericana, Murena responderá con el concepto de *pecado original*, concepto mítico de origen judeocristiano —proveniente del *Génesis*— que será resignificado, en este caso, para enfrentarse a la concepción de una

⁶ René Guénon lleva todavía más lejos su concepto de metafísica, siendo en las tradiciones orientales donde mejor ha sobrevivido este conocimiento. En su libro de 1921 *Introducción general al estudio de las doctrinas hindúes*, escribe: «Diremos entonces que la metafísica [...] constituye el conocimiento de lo universal o, si se quiere, de los principios de orden universal. Pero no pretendemos con esto definir la metafísica, lo que resulta rigurosamente imposible debido a esa misma universalidad que consideramos su primera característica. En realidad, sólo puede definirse lo que es limitado mientras que la metafísica, en su esencia misma, tiene carácter absolutamente ilimitado y no nos permite encerrar su noción en una fórmula; en estas condiciones, una definición resultaría tanto más inexacta cuanto más nos esforzásemos por aportarle precisión» (2004: 94).

⁷ Sin ir más lejos, podemos referirnos a la Biblia y mencionar la expulsión del paraíso en el Génesis o el destierro judío en el Éxodo.

América inocente y entender su estado de doble “caída” o doble “expulsión”. Pero, como veremos más adelante, lejos de lo que se podría considerar *a priori*, este concepto de *segundo pecado original* que acuña nuestro autor no tiene que ser necesariamente negativo. «La extraña formulación, *segundo pecado original*, permite desplazar el acento de un origen que asedia a un *comienzo* posible» (Sneh, 2014: 287).

4. Las cadenas de la historia: “segundo pecado original” y “parricidio”

Al principio de *El pecado original de América*, H. A. Murena señala el problema de interpretar América «según una clave puramente europea» (Murena, 2006: 23). Hay otra aparente contradicción en esta formulación, si pensamos que Murena trabaja mayoritariamente con mitos propios del mundo europeo u occidental. De nuevo, surge la paradoja: el poeta argentino asume estos elementos de sustrato mítico, desde un punto de vista arquetípico, abstracto, universal y ahistórico, transfigurándolos hasta que adopten la forma ignota de América.

Para ir todavía más lejos, Murena adopta las categorías filosóficas y míticas del mundo occidental para extremarlas, negarlas y llevarlas a sus últimas consecuencias en su visión de América, que desde la conquista ha estado marcada por el estigma de la modernidad. América, por tanto, representaría la decadencia absoluta de Occidente (la referencia a Spengler es clara), pero al mismo tiempo el punto de partida disolutiva para un nuevo renacer y ascensión despojada del yugo de la historia. La imagen del despojo es recurrente en nuestro autor —como podemos observar, por ejemplo, en el capítulo «La lección a los desposeídos», dedicado a su maestro Martínez Estrada— y, de hecho, puede sugerir la idea de una liberación, de un desposeerse de las limitaciones que condicionan el imaginario de la mentalidad occidental moderna. Así pues, advertimos en este concepto de “desposesión” un eco de la noción hindú conocida bajo el nombre sánscrito de *moksha* o *mukti* (“liberación”), que supone un camino de ascesis y emancipación de los lazos de la existencia condicionada (Guénon, 2004: 252).

En este sentido, el objetivo principal de H. A. Murena consiste en romper con las cadenas de la historia y del progreso occidental. *Occidente*, valga decirlo, viene del verbo latino *occido*, que significa “caer, perecer”. El concepto de historia supone la Caída del pecado original. La forma de liberarse de ella es partir de la propia Caída de la historia para invertirla y volverla “anti-historia”; de ahí el interés de nuestro poeta por lo mítico, que es lo

directamente relacionado con el regreso hacia el origen⁸, al tiempo sin tiempo, al *in illo tempore*, antes de la Caída metafísica, fuera de la historia⁹. Este ir contra la historia, este intento de romper con la idea de un tiempo lineal coincide, valga decir, con el espíritu ahistórico de la doctrina hindú, la cual sostiene que la verdad no es un hecho histórico, sino que pertenece a un orden metafísico. De este modo, Murena buscaría situarse en un punto del pensamiento que subvierta esa noción inmanentista de la linealidad temporal propia de la modernidad occidental para dar paso a una atemporalidad trascendente.

Por otra parte, no queremos dejar de referir, además, que la cosmovisión hindú se caracteriza por concebir el tiempo en forma de retorno cíclico, lo cual es propio del mundo mítico, tal y como lo expuso el historiador de las religiones Mircea Eliade en su libro *El mito del eterno retorno* (1949)¹⁰. En un artículo de 1937 titulado «Algunas observaciones sobre la doctrina de los ciclos cósmicos» —que luego formará parte de la recopilación póstuma titulada *Formas tradicionales y ciclos cósmicos* (1970)—, René Guénon explica la concepción del *Vedānta* acerca de los ciclos cósmicos, los cuales presentan distintas divisiones y jerarquías que dependen de su duración, de sus ritmos y de su naturaleza. Así, según Guénon (2007), los ciclos más extensos son los *Kalpas*, en cuyo interior se desarrollan los *Manvantaras*, que a su vez se subdividen en cuatro *Yugas*: *Satya-Yuga* (o *Krita-Yuga*), *Trétā-Yuga*, *Dwâpara-Yuga* y *Kali-Yuga*. Cada uno de estos *Yugas* se suceden de forma que se van acelerando y acortando en duración, al mismo tiempo que se incrementan en su degeneración. Es, por tanto, el *Kali-Yuga* el último ciclo de un *Manvantara*, aquel en el que se da un mayor oscurecimiento de los saberes y un caos acelerador en todos los órdenes de la existencia. Corresponde así a una época de disolución que llega a su fin para dar paso al surgimiento de un nuevo ciclo cósmico. Tal y como señala el metafísico francés, la época actual no es sino una fase muy avanzada del *Kali-Yuga* (p. 19)¹¹.

Desde este punto de vista, es posible ver la actitud de Murena frente a la historia como una respuesta al mundo moderno occidental y a su idea de progreso indefinido, que

⁸ En las «Observaciones para la segunda edición» (1965) de *El pecado original de América*, Murena declara que «este libro es una palabra, equivocada o no, sobre el origen» (p. 17).

⁹ *Anacrónico* es el término del que se apropia Murena, pero en su sentido verdadero: *ana-cronía*, “fuera del tiempo histórico”. Estar fuera del tiempo y de la historia, en la distancia, permite comprender y divisar, en toda su plenitud, el presente de lo contemporáneo. Murena explora esta idea en un libro ensayístico posterior: *Ensayos sobre subversión* (1962).

¹⁰ No olvidemos, por otro lado, que también la cosmovisión de los pueblos indígenas de América anteriores a la conquista se basa en la idea del tiempo como retorno cíclico.

¹¹ Como podemos observar, existen muchas analogías entre la doctrina hindú de los ciclos cósmicos y el mito de las cuatro edades que aparece en *Los trabajos y los días*, de Hesíodo. Por otro lado, salvando las distancias, ¿no podríamos ver acaso en el libro del Apocalipsis también una expresión de lo que es el *Kali-Yuga* en esencia?

no representaría tanto un giro evolutivo como un movimiento de involución, lo cual corresponde perfectamente con la doctrina de los ciclos cósmicos. América, entonces, sería vista por nuestro autor como la máxima expresión de esa pérdida del centro espiritual y metafísico que viene de la decadencia de Occidente y que supone el último eslabón del *Kali-Yuga*¹²: la idea del *segundo pecado original*.

«La tragedia del hombre arranca de su presunción de que es ajeno a la tierra, de que ha sido desterrado en un grado del universal, pues América es destierro del recinto de la historia, o sea nueva expulsión sobre expulsión» (Murena, 2006: 28). En esa tentativa por superar el pecado original, se encuentra asimismo la noción espiritual de América, una noción en la que, para Murena, el mismo pecado es aceptado. América, en suma, representa la gravedad de la tragedia y del *segundo pecado original*, bisagra que conducirá a su propia redención. H. A. Murena habla, entonces, del concepto de *parricidio* (“matar al padre”), que rememora la tragedia de *Edipo Rey*. El *parricidio* es el único modo en América de romper definitivamente con una Europa vetusta y carcomida, consumida en el propio devenir de su historia. Silvio Mattoni escribe: «Murena afirma que la experiencia americana, la lectura más occidental de Occidente, puede llegar a ser, a través de la negación de toda posesión cultural cierta, una superación de Occidente (...)» (1999: 267). Por otro lado, Patricia Esteban explica este concepto con suma claridad:

El parricidio es abordado en estos ensayos como la actitud más consecuente en el territorio americano, ya que representa la posibilidad de transmutar el padecimiento traumático de la ruptura en voluntad vivificadora; el cultivo de la herida heredada, en potencialidad de sutura. La Caída sería así un mito que al desplazarse desde occidente se invierte, mito bisagra entre dos realidades histórico-culturales que deben asumirse desde su diferencia. América no puede vivir a costa de la experiencia occidental, ni de un pasado inaccesible, es una tierra innominada, en ella todo está por invocarse (Esteban, 2008: 136).

La primera gran figura literaria que encarna tanto el drama de América como la idea de *parricidio* es Edgar Allan Poe (1809-1849), el genio norteamericano. Desde la universalidad ecuménica de sus cuentos, Poe erige un grito desgarrador que arremete contra el progreso liberal de sus contemporáneos. El autor de *Ligeia*, como hombre desterrado y desposeído,

¹² En su ensayo titulado «México. La sociología y el pobre de espíritu», perteneciente al libro *El nombre secreto* (1969), Héctor A. Murena menciona explícitamente esta relación entre América y el *Kali-Yuga*: «Según el *Vedanta*, nos hallamos ahora, desde hace siglos, en un periodo final, el Kali-Yuga, a cuyo término sobrevendrá una destrucción de este Manvantara y el comienzo de otro. “América”, que en el periodo anterior al Kali-Yuga había sido habitada positiva, religiosamente, fue descubierta en forma “oficial” durante la edad sombría del Kali-Yuga para pasar a desempeñar el papel negativo de ocaso, que comienza con las religiones y se extiende luego a todo» (2002: 372).

rompe con Europa, aun siendo su heredero¹³. Su final trágico nos muestra la condición de un rechazado que no quiso someterse a la voluntad de la historia, sino que se empeñó en desencadenarse de ella y ser “anti-historia”¹⁴. El mismo H. A. Murena —escritor preocupado por la unidad entre los distintos géneros que cultiva en su obra— escribió un poema, en forma de monólogo dramático, titulado «Muerte de Edgar Poe» —incluido en su segundo poemario *El círculo de los paraísos* (1958)—. En él, de manera autorreferencial, nos transmite —desde la voz del poeta norteamericano— esta misma interpretación sobre su obra y figura. A continuación, ofrecemos un breve fragmento (Murena, 2019: 59):

No me perdonaron mis magias, mis visiones.
Ellos hablaban de oro y de ganados, de progresos
y de tristes mecanismos, y yo les mostraba
el vórtice sobre el que todo tiembla,
quería salvarlos haciendo que un día estallara
la poesía que desde milenios duerme
sepulta en la sangre de los hombres.¹⁵

Después de Edgar Allan Poe, Murena —en su texto «El acoso de la soledad»— referirá la necesidad, en el arte, de ser nacional y universal al mismo tiempo. Con ello, realiza una honda crítica al nacionalismo conservador como agente que fosiliza, a la par que diferencia entre las categorías de artista nacional y artista nacionalista. El primero sería el propiamente ecuménico y ejemplar y, el segundo, aquel que fosiliza y degrada la identidad nacional mediante la imitación. En el plano de la literatura latinoamericana, Murena pondrá como ejemplos de escritores nacionales a José Hernández, Horacio Quiroga, Roberto Arlt, Jorge Luis Borges, Florencio Sánchez, César Vallejo y Pablo Neruda. Todos ellos tendrían en común el logro en el cultivo de una obra literaria que, en su producción, parte de América Latina, pero que adquiere un alcance universal.

5. La “transobjetividad”

Según el escritor bonaerense, las explicaciones de orden racional, sociológico y naturalista resultan del todo insuficientes para abordar el problema de la historia. Estas explicaciones eluden todo misterio y ponen al hombre como único actor de la historia,

¹³ En rigor, Edgar Allan Poe no rompe con la cultura de Europa, sino con una Europa en concreto que se ha convertido en adalid del espíritu occidental, con su idea de progreso material, de historia lineal y racionalismo científicista.

¹⁴ Esta misma reacción se dará en el propio territorio de Europa, sobre todo, con los poetas malditos, sucesores de la labor y el espíritu de Poe: principalmente Charles Baudelaire y Arthur Rimbaud.

¹⁵ Se desprende de estos versos una profunda identificación entre el escritor argentino y la figura del desposeído, el desterrado, el desarraigado y parricida que fue Poe. Con este poema, Murena accede a una revelación ancestral que le es dada al fundirse con una máscara sagrada manifestada en la voz resonante del escritor bostoniano.

auspiciando el verdadero propósito babilónico y utópico del proyecto de la modernidad, que no es más que traer el paraíso a la tierra, lo cual nos lleva inevitablemente al infierno de la tierra¹⁶. En esta dirección, se remarca el enfrentamiento del pensamiento mureniano con los métodos científicos evasivos y simplificadores de la sociología, cuyos fríos datos estadísticos —al servicio de un utilitarismo alienante— jamás reflejarán la auténtica realidad americana. De este modo, lo económico (como cualquier elemento de orden sociológico) no basta para explicar el estado espiritual de América: «Porque el predominio de lo económico no es una causa de la situación pecaminosa sino un atributo de ésta: la frustración de lo espiritual por lo económico —como por muchos otros factores— es uno de los rasgos a través de los cuales la situación pecaminosa se hace patente» (Murena, 2006: 142).

Para superar estos intentos reduccionistas de esclarecer la naturaleza americana, para sobreponerse al trauma de no ser ni europeo ni autóctono, para vencer todo dualismo, Héctor A. Murena propone la noción de *transobjetividad*, idea que conlleva en sí la aceptación del pecado original y la desposesión. América tiene que pasar de un espíritu objetivo, venido de un Occidente en patente decadencia, a un espíritu *transobjetivo*, que consistiría en la abstracción del mundo objetivo; de tal manera que, en su concepto e identidad, América se trascienda a sí misma como objeto ubicado no delante sino detrás de la conciencia (p. 174). Juan Torbidoni explica esta idea de una manera mucho más clara: «El espíritu transobjetivo tiene como rasgo central el abandono del mundo objetivo científico y el colocarse “más allá”, en un (no) lugar que encierra una nueva paradoja: allí donde se da la fatalidad, se vuelve a encontrar a dios» (Torbidoni, 2020: 35). A ello apunta precisamente la propuesta del poeta argentino, esto es, a la posibilidad de transformar el pecado original en elemento positivo y radiante de vitalidad, de convertir la desesperación en esperanza, de «superar tanto el modelo como su negación» (Sneh, 2014: 288).

Algunos estudiosos como Germán O. Prósperi (2018) o Silvio Mattoni (1999) han señalado la relación entre este concepto acuñado por el autor argentino y la filosofía alemana, principalmente Hegel. Así, la «conciencia “transobjetiva” no es otra cosa que el asomo de una dialéctica hegeliana trasplantada» (Mattoni, 1999: 268). Sin obviar esto último, por

¹⁶ Bajo la idea de progreso científico, técnico, racional, se esconde la intención de establecer un estado tecnocrático totalitario —diablo disfrazado de cordero—, que conduce al hombre a pretender erigirse falsamente como dios creador y dueño absoluto del mundo. Se trata, en suma, del pacto fáustico que se dispersa a lo largo del globo y cuya manifestación ulterior, según Murena, sería América. Sin embargo, aunque parezca contradictorio, también América puede llegar a convertirse en punto de inflexión. Estas ideas, ya presentes en cierta medida en *El pecado original de América*, se desarrollarán en ensayos posteriores: *Homo atomicus* (1961), *Ensayos sobre subversión* (1962) y *El nombre secreto* (1969).

nuestra parte, consideramos que en dicha noción mureniana hay una suerte de ajuste de cuentas con la filosofía de Hegel. Es indudable el gran conocimiento que Murena albergaba respecto del pensamiento alemán. No obstante, existe una diferencia importante entre la transobjetividad y la síntesis hegeliana, aunque aparentemente ambas traten la solución de los opuestos. En realidad, Murena parte de Hegel para superarlo, pues, si bien la dialéctica hegeliana responde a las pretensiones del idealismo alemán —que, al fin y al cabo, no es más que otra manifestación de la idea de progreso occidental—, la transobjetividad se orienta hacia un movimiento trascendente de negación transformadora que llega más lejos al implicar la desposesión de las categorías objetivas del racionalismo de Occidente; de ahí que la dicotomía sarmientina de civilización y barbarie —producto del espíritu liberal de la época— sea negada, disuelta y superada por el pensamiento del escritor argentino. En definitiva, mientras que la síntesis hegeliana supone una respuesta de mera asunción de contrapuestos, la transobjetividad de Murena es negación liberadora de los dualismos esclavizantes.

En este sentido, no podemos dejar de referir la similitud existente entre esta idea de espíritu transobjetivo con el no-dualismo hindú o la doctrina de la no-dualidad (*advaita-vâda*), que, según Guénon, opera desde un punto de vista metafísico¹⁷ y está completamente alejada de la disputa —curiosamente dualista— entre dualismo y monismo que pertenece exclusivamente al punto de vista de la filosofía occidental (2004: 129). Todo esto apuntaría a que existe en Murena la advertencia implícita de una carencia esencial en Occidente: lo oriental. Esto se confirma, sobre todo, por la segunda etapa de la obra de nuestro autor, donde se pone en evidencia su interés por tradiciones como el budismo, el taoísmo, el hinduismo o el sufismo, entre otras, lo cual —por ejemplo— se refleja notablemente en *El secreto claro* (1978), transcripción póstuma de los diálogos radiofónicos entre H. A. Murena y D. J. Vogelmann que habían sido transmitidos por la radio municipal de Buenos Aires años anteriores.

Finalmente, es importante señalar que la dicotomía de Oriente y Occidente no deja de ser una suerte de macrocosmos de la dicotomía de civilización y barbarie. Pero, entonces, ¿no es América el punto de encuentro entre ambas partes? Oriente ha sido siempre visto a

¹⁷ A este respecto, las siguientes palabras del esotérico francés nos parecen reveladoras: «No puede ser metafísico [...] sino lo absolutamente estable, permanente, independiente de todas las contingencias, y en particular de las históricas; lo metafísico no cambia, y es la universalidad de la metafísica lo que crea su unidad esencial, independiente de los múltiples sistemas filosóficos así como de los dogmas religiosos, y, en consecuencia, profundamente inmutables» (Guénon, 2004: 126). Así pues, lo metafísico, por ser absoluto, niega todo aquello que sea parcial y limitante, como son los dualismos.

ojos de Occidente como lo ajeno, la otredad insondable que fue, en primera instancia, el objetivo del viaje de Colón; de ahí la denominación de las “Indias”. Y dicho lo cual, ¿no podría ser acaso el Nuevo Mundo (espacio de la Caída final) el lugar simbólico donde ocurra la remontada, la revuelta y superación de esa otra dicotomía mayor de Oriente-Occidente? Por ello, es necesario encontrar el verdadero *nombre secreto* de América.

6. El pecado más allá del pecado: *El nombre secreto*

Más tarde, H. A. Murena, en su obra ensayística, volverá, de un modo algo más esporádico, al tema americanista, pero profundizando, entonces, en otros aspectos. Por ejemplo, «Ser y no ser de la cultura latinoamericana», texto incluido en *Ensayos sobre subversión* (1962), y el libro *El nombre secreto* (1969), amplían la mirada de nuestro autor en torno a su concepción de América. En ambos casos, se detiene más en la conexión de la identidad y el destino latinoamericanos con el porvenir de la modernidad en el contexto de un mundo globalizado.

Por un lado, en «Ser y no ser de la cultura latinoamericana», el escritor de *El pecado original de América* nos advierte sobre la instrumentalización panfletaria de la cultura en la América Latina de los años 60. Recordemos que son los años en los que los círculos intelectuales están más embebidos por la lectura de filósofos y literatos como Jean-Paul Sartre que propugnan un compromiso ideológico recalcitrante en la literatura. La crítica de Murena, en este caso, va dirigida para los dos polos de la lucha ideológica: tanto para el liberalismo como para el marxismo. Escribe: «No hay “diálogo polémico”, sino una guerra de trincheras, donde la cultura desaparece» (Murena, 1963: 67-68). Por otro lado, en *El nombre secreto*, examina el caso de México y anuncia la amplificación a nivel mundial del estado conflictivo y catastrófico de una América sin centro: «Odio o resentimiento de todos contra todos, despojo de todos por todos. Tal historia, cambiando nombres y detalles, es presumiblemente la misma en gran parte de los países latinoamericanos» (2002: 384)¹⁸.

En la actitud mureniana se evidenciará, entonces, un tono todavía más apocalíptico y mesiánico, si cabe, propio de la figura que él mismo busca representar y a la que le da el

¹⁸ En realidad, Murena ya preludivió esta terrible polarización del estado mundial en su primer ensayo. El siguiente párrafo —profético a la par que inquietante— da cuenta de ello: «Sí, Europa, ha muerto. Pero estamos viendo que los muertos pueden dejar legados terribles. La carrera de los acontecimientos muestra que el mundo está a punto de caer en un fatigado *imperium universalis* en el cual sólo podrían desarrollar una existencia relativamente rica una o a lo sumo, dos naciones, y en cuyo nefasto estancamiento primaría el florecimiento de la pestilencia» (Murena, 2006: 233).

nombre de *ultranihilista*¹⁹. Frente a la negatividad del caos y el nihilismo “totalitario” del mundo moderno, el *ultranihilista* llevará a su fin, su límite y extremo, esa misma negatividad para invertirla y acabar definitivamente con el caos nihilista, al acercarse nuevamente a lo sagrado. Los extremos se tocan: el fin es el principio. Solo en la perdición se encuentra la salvación. América tendrá que ser, por tanto, el espacio final del *ultranihilismo*.

Para concluir con nuestro trabajo, queremos mencionar un poema del tercer libro de poesía de Murena, titulado *El escándalo y el fuego* (1959), el que lleva el número XVII, donde el poeta —espontánea y líricamente— habla sobre la intuición de una imagen revelada cuya realidad un día recibirá: se trata de la certeza sacra de una América ignota y metafísica que misteriosamente se descubre. A continuación, copiamos el texto (2019: 85):

Hace muy poco
descubrí América,
me enamoré después
de una dorada boba
cuya duplicidad
me impulsó
a cubrirla con canto.
Sé que mañana
se me revelará
la belleza del cielo,
de las flores,
e iré por las calles
persuadiendo de ello
a quienes no lo ignoran.
Todo es, sin embargo,
absoluto y por el estupor
recomienza el mundo
en cada instante.
Dios está allí
donde uno lo encuentra.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ELIADE, Mircea (2018), *El mito del eterno retorno*, Madrid, Alianza.
- ESTEBAN, Patricia (2008), *La palabra imprecisa de Héctor A. Murena en los márgenes del ensayo argentino contemporáneo*, tesis doctoral dirigida por la dra. Esperanza López Parada, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- GUÉNON, René (2004), *Introducción general al estudio de las doctrinas hindúes*. Buenos Aires, Losada.
- GUÉNON, René (2007), «Algunas observaciones sobre la doctrina de los ciclos cósmicos», *Formas tradicionales y ciclos cósmicos*, Valencia, Vía Directa, pp. 11-19.
- GUÉNON, René (2018), «El Verbo y el símbolo», *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, Barcelona, Paidós, pp. 17-20.

¹⁹ Este concepto proviene del texto «El ultranihilista», que forma parte de *Homo atomicus* (1961) y de *La cárcel de la mente* (1971).

- GUÉNON, René (2023), *El hombre y su devenir según el Vedānta*, Madrid, Sanz y Torres.
- IGHINA, Domingo (2000), «Murena: negación y recomienzos de la Historia», *Inti: Revista de literatura hispánica*, n.º 52-53, pp. 239-254.
- LOJO, María Rosa (2015), «Murena: una imagen mítica de América», *Revista de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (RANLE)*, vol. 4, n.º 8, pp. 594-607.
- MATTONI, Silvio (1999), «Murena y la exégesis del ensayo como profeta», *Nombres: Revista de Filosofía*, n.º 13-14, pp. 265-279.
- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel (1997), *Radiografía de la pampa*, ed. Leo Pollmann, Madrid, ALLCA XX.
- MURENA, Héctor Álvarez (1963), *Ensayos sobre subversión*, San Juan de Puerto Rico, Ediciones La Torre.
- MURENA, Héctor Álvarez y VOGELMANN, David J. (1978), *El secreto claro (diálogos)*, Buenos Aires, Fraterna.
- MURENA, Héctor Álvarez (2002), *Visiones de Babel*, Guillermo Piro (ed.), México, Fondo de Cultura Económica.
- MURENA, Héctor Álvarez (2006), *El pecado original de América*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- MURENA, Héctor Álvarez (2019), *Una corteza de paraíso (1951-1979)*, María Negroni y Federico Barea (eds.), Valencia, Pre-Textos.
- POGIESSE, Diego (2006), «El proyecto de H. A. Murena: la espiral infinita», *Revista Pilquen*, VIII, n.º 8, pp. 1-10.
- PRÓSPERI, Germán O. (2018), «El extra-ser americano. Transobjetividad fantasmática en Héctor Álvarez Murena», *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, vol. 35, pp. 163-190.
- PORRINI, Sebastián (2020), *Los Otros: La Metafísica Operativa en los siglos XX y XXI*, Salamanca, Matrioska.
- SNEH, Perla (2014), «Resonancias del origen: el pecado en ciertos ensayos latinoamericanos», *Andamios. Revista de Investigación Social*, vol. 11, n.º 25, pp. 273-292.
- SUZUKI, Daisetz T. (1996), *El zen y la cultura japonesa*, Barcelona, Paidós.
- TORBIDONI, Juan (2020), «“El ojo al borde del abismo”: Héctor A. Murena y una filosofía de la historia entre Europa y Latinoamérica», *Revista Letral*, n.º 24, pp. 22-38.